

CAPITULO XLIII.

Ultimatum de Hernan Cortés.



os presentes de Moctezuma fueron conducidos por cien indios al campamento de los españoles en unas esteras de pluma llamadas petates.

Teutila y Pilpatoe se presentaron de gran gala al caudillo para ofrecérselos.

En nombre de su soberano le dijeron que habia agradecido en extremo sus regalos, y que para darle una muestra de su gratitud, le llevaban aquellos objetos; pero que no tenian por conveniente, ni era entónces posible, autorizarle para que avanzase hasta su corte.

—¿Cuál es la causa? preguntó Hernan Cortés.

¿Pilpatoe, hábil político, respondió en estos términos:

—No creais que es temor ó indiferencia hácia vos lo que mueve á nuestro soberano á no concederos su vénia para que prosigais adelante.

Os quiere bien, porque le hemos dicho cuán acreedores sois á su benevolencia y amistad.

Pero los caminos son malos, y ántes de llegar á México tendreis que pasar por ciudades en donde el emperador tiene muchos enemigos.

Estos creerian que ibais en nuestro auxilio, y harian armas contra vosotros.

Ademas algunos moradores de esas ciudades son muy taimados, y os tenderian lazos para no dejaros pasar.

—No me convencen esas razones, contestó Hernan Cortés.

—Otras más poderosas tiene, pero perdonadme que no os las diga.

Hernan Cortés fijó una penetrante mirada en el indio.

—Haceis bien, le dijo, si tales son las órdenes que habeis recibido.

Pero decid á Moctezuma, que no siendo mi intento faltar á su obediencia, me es de todo punto imposible volver atrás, porque mi rey y señor me ha encargado que le busque, que le hable en su nombre, y faltaria á mis deberes si desprestigiara el esplendor del monarca á quien sirvo.

—Ved que nosotros no podemos cortener á los indios que halleis al paso, que no somos responsables de lo que pueda sucederos.

—Si no es más que eso, vuestro temor calmad; y sabed de ahora para siempre que no hay nadie en el mundo que pueda oponerse á mi voluntad.

Estas palabras, pronunciadas con energía, con resolucion, pusieron término á los razonamientos de los indios.

—Concedednos al ménos otro breve plazo, le dijeron, para comunicar á nuestro monarca esa resolucion.

—No tengo inconveniente, pero apresurad la respuesta, porque podria faltarme la paciencia, y me obligariais á ir más cerca á saber la decision de Moctezuma.

Profundamente consternados, se retiraron Pilpatoe y Teutila.

Inmediatamente enviaron un nuevo mensaje á Moctezuma.

Miéntas tan apurados andaban buscando medios para contrarrestar el empuje de los españoles, éstos, en presencia de los regalos que habia enviado Moctezuma, se entregaban á cavilaciones que nos parece muy del caso repetir.

Decia uno:

—¡Magníficos presentes!

- No he visto nunca tanto oro reunido, exclamaba otro.
- ¡Y con qué perfeccion está labrado!
- Ni los judíos de España tienen joyas más finas.
- ¡Y qué plumas tan bellas!
- ¿Pues y el tejido de algodón?
- No hay en Segovia tejedor ninguno que pueda imitarle.
- Todo esto prueba que el imperio de México es muy rico.
- Mucho deseo hallarme en él.
- Yo lo mismo; allí nos aguarda la fortuna.
- O la muerte.
- ¡La muerte! ¿Por qué? preguntaron algunos de ellos.
- ¿No creéis que una nacion tan poderosa tendrá un ejército bastante para derrotar á un puñado de hombres como somos nosotros?
- Es que pelea á nuestro lado el miedo que nos tienen.
- Y ademas, guiándonos Hernan Cortés al combate, el triunfo es seguro.
- ¿Acaso no nos protege el cielo?
- Sí, pero pueden tendernos una emboscada los indios.
- Lo que debemos hacer es marchar pronto adelante, ó volvernos atrás.
- Aquí no podemos estar; de nada sirve que los indios nos agasajasen si los víveres que nos traen no se pueden comer.
- No es eso lo peor, sino que el puerto no es nada abrigado, y las embarcaciones sufren.
- ¿Y por qué nos detenemos?
- Porque Cortés espera la respuesta del emperador Moctezuma.
- Si no nos vamos pronto, aquí nos van á comer los mosquitos.
- En efecto; parece que los han azuzado contra nosotros los indios.
- No nos dejan dormir.

—Llamemos á nuestros capitanes para que, intercediendo por nosotros, pidan á Hernan Cortés que nos lleve cuanto ántes á conquistar á México.

—Y si no quiere, que disponga la vuelta á Santiago de Cuba. Estas conversaciones llegaron á oídos de Hernan Cortés.

Conocía mejor que todos sus soldados los inconvenientes de su estancia en San Juan de Ulúa; pero queria tener toda la razon de su parte y agotar todos los medios del prestigio moral que ejercia sobre los indios ántes de recurrir á la fuerza material.

Sin embargo, tanto para aliviar los padecimientos de sus soldados, como para tener en alarma á Pilpatoe y á Teutila, ordenó que saliesen dos carabelas á recorrer la costa para buscar un puerto más brigado y un terreno ménos estéril donde alojarse hasta que llegara la respuesta de Moctezuma.

Encargó el mando de los buques á Francisco Montejo, y designó los soldados más impacientes para que le acompañasen. Diez dias le dió de término para aquel viaje.

De este modo calmó la agitacion que empezaba á notarse en sus tropas, y aguardó con calma el ultimatum de Moctezuma.

Antes de dar noticia á nuestros lectores de la gran conmocion que el segundo mensaje habia producido en México, aclaremos un punto oscuro de esta historia.

Vamos á ver qué es lo que habia pasado á Pedro de Alvarado y á Marina.

CAPITULO XLIV.

Al maestro cuchillada.



VIVAD hacía el cuartel general, dijo Alvarado á los soldados.

Estos obedecieron.

Marina y él quedaron los soldados.

El amor es miedoso.

Antes de hallarse en aquella situacion, cuando pensaba en ella, cuando se figuraba lo que podia pasarle, Pedro de Alvarado estaba resuelto á jugar el todo por el todo.

Al verse á solas con Marina en medio de los campos, bajo la sombra de la noche, tembló.

Anduvieron los dos un corto trecho.

—¡Qué hermoso es tu país, Marina! dijo Alvarado.

¡Qué dulce aroma exhalan las plantas y las flores en torno nuestro!

—¡Bien haya tu boca, dijo la india, porque alaba á mi patria!

—El paisaje que nos rodea, el suave murmullo de los cristalinos arroyos que esmaltan el prado de verdura que nos sirve de alfombra, el canto lejano del sinsonte, el sonido de las palmas que arrulla la brisa; todo este cuadro fascina mi vista; todo este perfume embriaga mi alma....

¡Ah! Quedémonos un instante á contemplar tanta belleza.

Los ojos de Marina se encontraron con los de Pedro.

En su mirada observó sus ardientes deseos.

Pero adivinó al mismo tiempo que aquel amor era cobarde.

En efecto, se habia valido de un recurso gastado para darse á conocer.

—Es tarde ya, dijo Marina.

—Tarde para tí, que anhelas ver pronto à tu señor.

Este recuerdo encendió la mirada de Pedro de Alvarado.

Marina comprendió que estaba celoso de Hernan Cortés.

Con ese instinto de la mujer, y sobre todo de la mujer en su estado primitivo, sin civilizacion, sin cultura, abarcó todo el riesgo de la situacion en que estaba.

Tenia que salvarse y salvar á Cortés, á quien amaba con delirio.

—Te engañas, dijo Marina; pero hay que hacer tantas cosas que no se sienten.

—¿Quieres negarme que amas á Hernan Cortés, que él està enamorado de tí?

Marina se sonrió.

—¡Cuánta alegría me das!

—¿Por qué?

—Te has creído que amo....

—Yo solo no: todos mis compañeros, todo el mundo lo cree.

—¿Luego desempeño bien mi papel?

—¿Qué dices?

—¡Ah! ¡Pedro de Alvarado! Si tú pudieras leer en mi corazon, si adivinases....

—¿Por ventura quieres negarme lo que veo, lo que lamento? Marina habia tomado una resolucion.

—Hace tiempo que deseo hallar un corazon amigo, un corazon leal.... Siento que me ahogo, y necesito desahogarme.

Alvarado se sorprendió.

—Me has pedido que me detuviera un instante á contemplar contigo este bello paraje.

Quedémonos y escúchame; pero júrame ántes no revelar á nadie lo que voy á decirte.

Si me descubres, soy poderosa, soy más fuerte que tú, porque la serpiente hiere de muerte al tigre cuando quiere vengarse.

—Expílicate.

—Jura ántes.

—Pues bien; lo juro.

—Ahora ya puedo hablarte con entera confianza.

A los celos sucedió en el alma de Alvarado el asombro y la curiosidad.

—He sorprendido un secreto en tu alma, añadió Marina.

—¿Un secreto?

—Sí.

—¿Cuál?

—Tú me amas, Pedro; tú me amas con pasión.

—Pues bien: es cierto.

—Ay de tí y ay de mí, dijo Marina, si yo diese cuerpo á la impura llama que arde en tu pecho! Yo no puedo amar á nadie: el ídolo de mis padres me maldeciría.

—No comprendo tus palabras.

—He jurado ser leal, y lo seré.

—¿Cómo!...

—¿Te has olvidado de mi historia?

—No.

—Yo amaba á Ibo-ibo.

—¿A ese traidor!...

—No le culpes.... exclamó Marina, interrumpiéndole, defendía á su patria.

Nuestras almas nacieron para unirse; ¡pero el destino nos separó!

Vosotros le obligasteis á abandonar su religion, y desde entónces fué maldito nuestro amor.

—¿Tú me amas?

—Sí, Marina, te adoro.

—Y si te robaran mi amor, ¿qué harías? interrogó Marina.

—Matar á quien tal hiciera.

—¿Y si era más fuerte que tú?

—Me dejaria matar por él.

—Entónces, ¿de qué te serviría el deseo de venganza?

Nosotros, los indios, somos más rencorosos que vosotros.

Oyeme ahora, y me comprenderás, pero te lo repito: ¡hay de tí si me vendes!

—Habla por Dios.

—Hernan Cortés, prosiguió Marina, mató á Ibo-ibo, y yo me presenté á tu jefe, diciéndole que iba á pagarle la deuda de gratitud que habia contraído con él mi amante.

—Es cierto.

—¿Y sabes por qué fué? Aquella noche en que espiró en mis brazos pedí auxilio á mis hermanos, y me rechazaron.

Busqué entónces á mi tzimes protector, le consulté, le pedí la muerte.

—«No, me dijo; vive para vengarte.»

Exploré de nuevo sus misteriosos arcanos.

—«Durante doce lunas, me dijo, mata en tu alma el amor; si te dejas seducir por sus halagos, serás perdida: si te vences, triunfarás.»

Dos venganzas tenia que llevar á cabo; dos hombres han de morir á mis manos ántes de que nazcan y mueran las doce lunas.

Alvarado creia soñar al oírle expresarse de aquel modo.

—Esos hombres, ¿quiénes son? le preguntó.

—El uno Moctezuma.

—¿El emperador de México?

—Sí; el fué quien me tuvo aprisionada en Xicalango, quien quiso seducirme, quien me redujo á la esclavitud.

El otro es Hernan Cortés.

—¿Marina!

—¿Por qué finjo sumision y amor á tu jefe? ¿Por qué le sirvo con lealtad? ¿Por qué favorezco sus planes contra Moctezuma?

Pues es porque le he elegido para instrumento de mi primera venganza, porque quiero que llegue á México triunfante, que destruya á Moctezuma, que se embriague con su victoria.

Cuando esto suceda, le haré creer que agradecida le otorgo el premio, y al abrirle mis brazos le adormeceré como la serpiente á su presa, para anonadarle, para acabar con él.

—Eso es horroroso, exclamó Alvarado.

—Te asombras. . . . ¿Mo me conocías? El inocente colibrí se aparece á tus ojos con las garras del águila.

Pues oye aún más: Tengo un plan, y si me ayudas, tu felicidad será inmensa.

—Habla.

—¿Eres ambicioso? le dijo Marina, fijando en él una ardiente mirada.

—Sí.

—¿Valiente?

—Nada temo.

—¿No gozarías al heredar la gloria de Cortés?

¿No te entusiasmaría pasar de simple capitán de un tercio á jefe de un ejército?

—Marina, tus palabras me enloquecen.

—No gozarías obteniendo mi amor.

—¿Puedes dudarle!

—Pues júrame esperar y respetarme hasta que pasen las doce lunas, hasta que entremos todos victoriosos en el palacio de Moctezuma, hasta que Hernan Cortés muera á mis manos después de haber saboreado el triunfo.

Marina deslumbró á Pedro de Alvarado.

—Te lo juro, exclamó.

—¿Me dejarás en libertad hasta entonces?

—Sí.

—¿Verás únicamente en mis halagos á tu jefe, en la protección que le dispense, en los sacrificios que haga por él, el único deseo de alucinarle, de atraerle, de asegurar mi venganza?

Marina habia fascinado al guerrero.

Su respuesta fué afirmativa.

—Ahora, dijo Marina, avancemos al cuartel general y olvida cuanto hemos hablado; si me denunciases á Cortés, no te creería; si me persiguieses, buscaría su amparo, y entónces me vengaría de tí.

Elige entre un triunfo mezquino, el triunfo de un soldado sobre una pobre mujer, ó el mando de un ejército y el amor de una mujer vengada y satisfecha.

Alvarado era ya su esclavo.

A partir de aquel momento, ya no podia temerle.

Pero necesita no perderle de vista.

Marina no podia hacer más por su verdadero amante, por su idolatrado Hernan Cortés.